

Sofía: el museo en la calle

Patrimonio arqueológico y urbanismo contemporáneo

Magdalina Stantcheva

En el corazón de Sofía, capital de Bulgaria, el urbanismo contemporáneo co-existe en buena armonía con monumentos arqueológicos de distintas épocas. Las construcciones modernas alternan con los vestigios del pasado de una manera insólita y al mismo tiempo natural (FIG. 25). Cabe recordar que el centro de la ciudad fue devastado por las bombas en la segunda guerra mundial, y que la mayoría de los edificios fueron construidos ulteriormente. Por lo demás, la reconstrucción continúa, según un plan que se modifica periódicamente. Ahora bien, el propio hecho de construir en esta zona exige realizar excavaciones, y éstas plantean a menudo problemas de conservación *in situ* de los monumentos arqueológicos que van descubriendose.

Para comprender mejor dicha situación, cabe hacer un breve resumen histórico.

Siete mil años de historia debajo de una ciudad

Sofía tiene siete mil años. Su emplazamiento neolítico (de aproximadamente el quinto milenio A.C.), se encuentra en un barrio algo alejado del centro, y el del eniolítico (aproximadamente en el cuarto milenio A.C.), en una terraza arenosa formada por el desagüe de un lago. Allí está ubicado actualmente el Museo Nacional de Bellas Artes, instalado en el Palacio Real que, antes de que Bulgaria se liberase del yugo turco (1878), era la residencia del bey, representante del sultán.

Ya en la edad de bronce (hacia el segundo milenio A.C.), cuando los tracios habitaban el país, la vida giraba en torno a la fuente termal y es entonces cuando se inicia la historia del centro de la ciudad, historia cuatro veces milenaria en el sentido más riguroso del término.

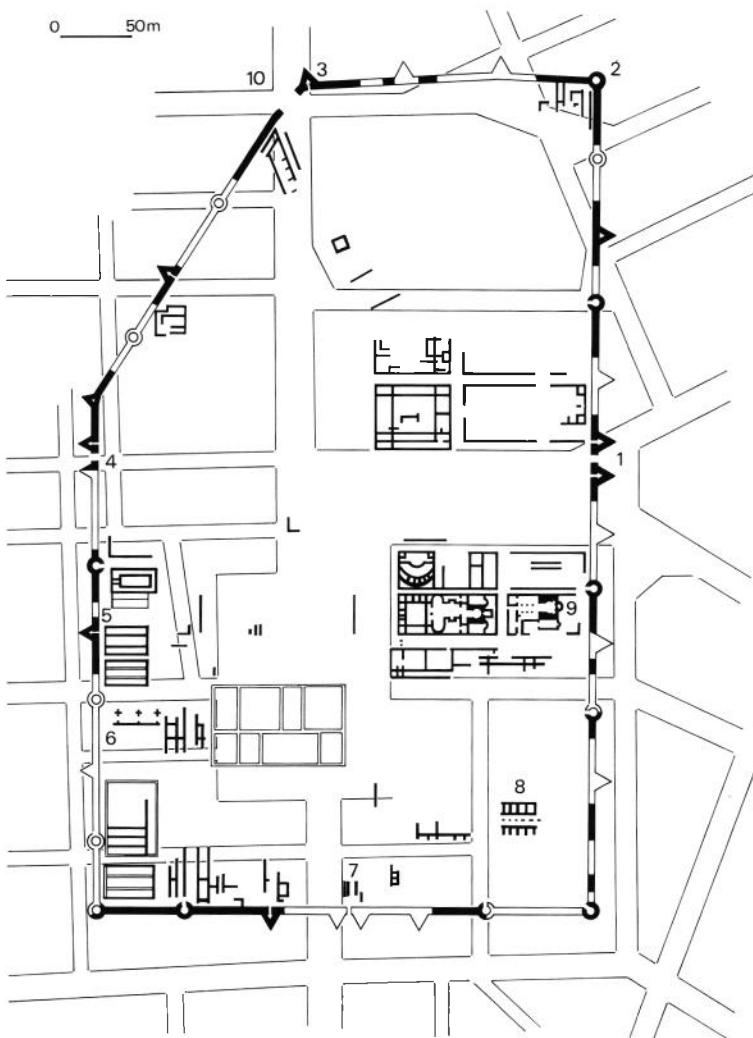
Sofía no es la única ciudad europea cuyo pasado se remonta a miles de años; lo extraordinario es que el suyo se inscribe en un espacio notablemente limitado, en torno a un punto que ha permanecido inmutable hasta nuestros días.

Naturalmente, ello tiene su explicación. En primer lugar, desde el punto de vista geográfico, la principal ruta de Europa central hacia Asia, a través de la península balcánica, cruza la llanura de Sofía que se extiende de este a oeste entre la cadena de los Balcanes al norte y el macizo de Vitosha al sur. Su trazado natural, el más adecuado y que tendrá una importancia histórica, pasa todavía por el centro de la ciudad actual. Corta allí otra de las grandes vías holladas por diversos pueblos siglo tras siglo: la que une los Cárpatos y luego las tierras septentrionales con las orillas del mar Egeo, puertas del mundo mediterráneo. Esta encrucijada tuvo una importancia enorme en el destino de Sofía, pues, a través de los siglos, por esas dos rutas le han llegado riquezas, desastres y, sobre todo, un flujo vital inagotable.

21

Plano de Serdica e indicación de los once núcleos arqueológicos del centro de Sofía:

1. Puerta este, subterránea (accesible al público);
2. Torre redonda, ángulo noreste de la muralla, a cielo abierto (accesible al público);
3. Torre norte, triangular, en el sótano de una tienda (accesible al público);
4. Puerta oeste, sus dos torres, una parte de la muralla, una torre triangular, un barrio (excavaciones en curso; accesible al público);
5. Conjunto compuesto por un fragmento de la muralla, con torre redonda, calle, templo, iglesia medieval (en curso de instalación en el sótano del Banco Búlgaro para el Comercio Exterior);
6. Parte de un edificio público (en una sala en curso de instalación en el sótano de la sede del Comité de Cultura; accesible al público);
7. Parte de una calle del siglo II (en una pequeña sala en el sótano de un edificio administrativo; comunica con un café; en curso de instalación);
8. Parte central de una gran residencia de la baja antigüedad con baldosas de mosaico (obras en curso en el sótano de un edificio administrativo; no es aún accesible al público);
9. Conjunto que abarca la rotonda San Jorge, en el patio de la sede del Consejo de Estado (rotonda en curso de restauración; accesible al público);
10. Vestigios del praesidium romano de Serdica, debajo de la plaza Lenín (accesibles a los especialistas);
11. Vestigios de una casa de la baja antigüedad, extramuros (en el sótano de un edificio administrativo).



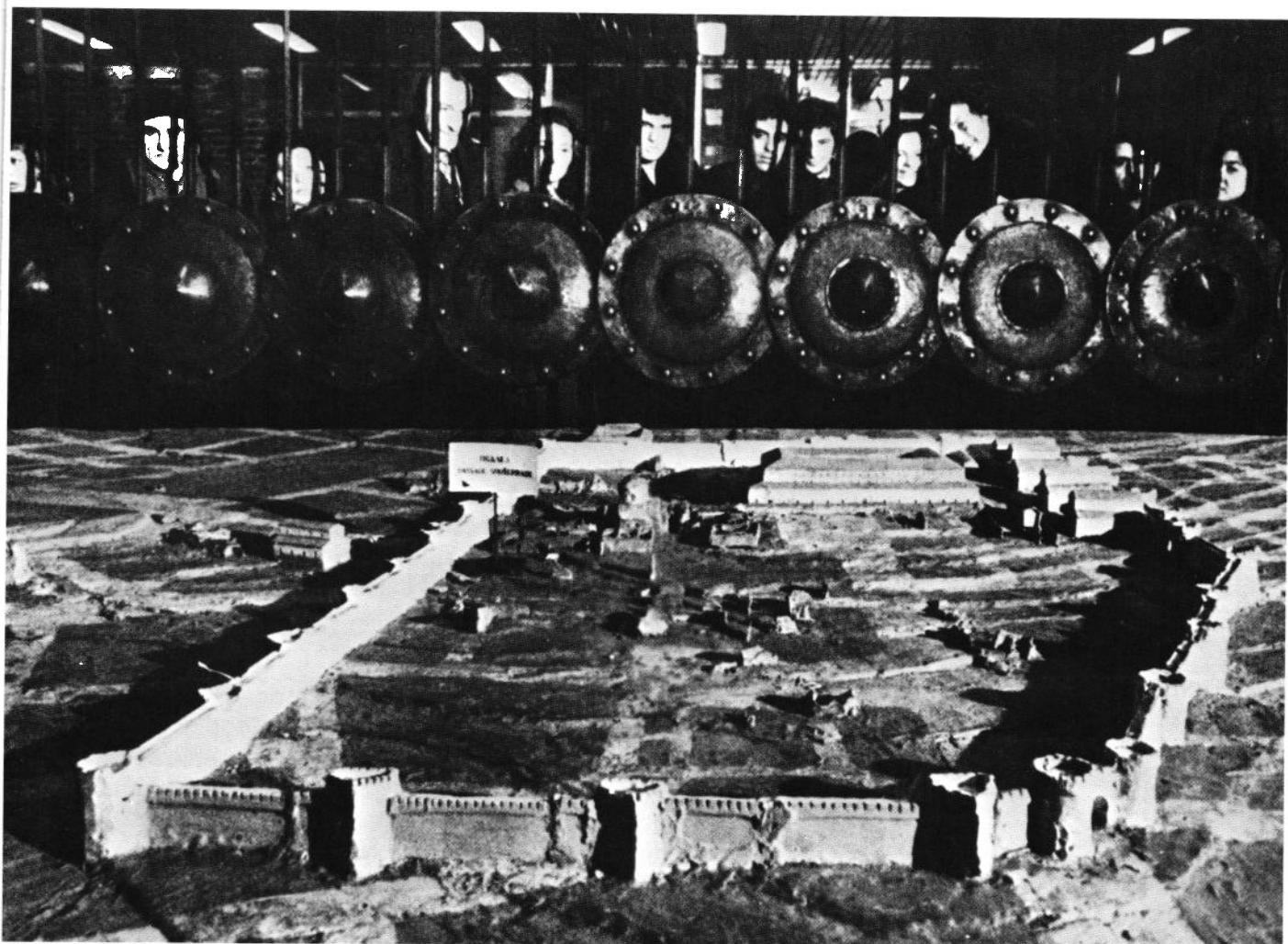
La segunda razón por la que el corazón de la ciudad se asentó en esta encrucijada es la existencia, en sus inmediaciones, de una fuente termal de aguas casi hirviéntes. Divinizada por los tracios, aprovechada por los romanos, quienes construyeron termas en ella, fue siempre y continúa siendo una fuente de riqueza, puesto que alimenta todavía a un centro de balneoterapia.

A los dones de la naturaleza —esta fuente termal, la fértil llanura que la circunda y, en las cercanías, los bosques de la montaña con sus mil manantiales de agua fresca— el hombre ha añadido su obra de constructor, acumulando las ventajas de una urbanización que, de siglo en siglo, ha hecho que la vida se arraigara indestructiblemente en este lugar.

De Serdópolis a Sofía

Desde la edad de bronce hasta el siglo XX, que enterrara aquí el testimonio del furor destructivo de la guerra, los vestigios de este asentamiento milenario se han seguido superponiendo en estratos que alcanzan los diez metros de profundidad. Cada época, a pesar de recubrir las huellas de la anterior, no deja por ello de asimilar una parte de su herencia. Desde el punto de vista arqueológico, se crea así una situación cuya complejidad, ya penosamente descifrable para el especialista, dificulta la salvaguarda de los vestigios y su clara exposición al público.

En las capas profundas de lo que fuera el emplazamiento de la edad de bronce y del hallstatt, no se descubre sino una mancha imprecisa; en cambio, se conservan vestigios más importantes de Serdópolis, la ciudad tracia de los últimos siglos antes de nuestra era. Después de la conquista romana de Tracia en el siglo I, los emperadores Marco Aurelio y Cómodo amurallaron la ciudad, lo que la mantendrá protegida durante doce siglos. En su interior, se alzan templos, termas y edificios administrativos, unos junto a otros, haciendo des-



bordar la vida de la ciudad más allá de sus límites. Justiniano, sin destruir la primera muralla, la reforzó con una segunda y, sobre el emplazamiento de una basílica anterior, construyó la de Santa Sofía que, más tarde, dará su nombre a la ciudad. El primer Estado búlgaro, instaurado en el año 681, incorporó la vieja urbe a su territorio en el siglo IX. La antigua Serdópolis, llamada Serdica por los romanos, recibió entonces el nombre de Sredetz, que en lengua eslava quiere decir centro o lugar central (FIGS. 21 y 22).

La ciudad medieval guardó las puertas de la antigua urbe romana, sus *decumani* y *cardines* —más estrechas, de acuerdo al gusto de la época— y una parte de los edificios; pero también destruyó para edificar nuevas construcciones, entre ellas, una decena de pequeñas iglesias cuyas pinturas murales hacen de ese reducido espacio un mundo de arte y espiritualidad.

A fines del siglo XIV, la ciudad, como el país y casi toda la península balcánica, cayeron bajo dominación turca, la que durará quinientos años. Numerosas mezquitas y pesados caravasares sobrecargaron esta tierra ya demasiado rica en monumentos. Sofía, centro económico y administrativo, sufrió a causa de la decadencia del imperio otomano, manifiesta desde las postrimerías del siglo XVII. La ciudad pasó a ser un foco del resurgimiento de la conciencia nacional búlgara, que culminó en la liberación del país en 1878. Se la eligió como capital del Estado resucitado. Tres cifras dan una idea de su desarrollo en el lapso de un siglo: 12 000 habitantes en 1878, unos 300 000 en 1940 y cerca de un millón en la época actual.

Los arqueólogos en la ciudad

Hasta la independencia, la ciudad atesoró su herencia arqueológica enterrando su pasado en nombre del presente. Al alcanzar el rango de capital, se inicia la historia de su arqueología. Pero los primeros decenios fueron más bien destruc-

22

Serdica, de la que el emperador Constantino el Grande decía: "Es mi Roma", había sido fortificada por Marco Aurelio y Cómodo; luego, Justiniano I reforzó su sistema defensivo. El plano rectangular, caro a los romanos, se encontraba amputado en el ángulo noroeste donde la muralla seguía durante unos doscientos metros la ribera de un arroyo, defensa natural al exterior de la muralla. Al convertirse en Sredetz, ciudad medieval del primer estado búlgaro, la ciudad continuó a apretujarse en las diecisésis hectáreas existentes al interior de sus muros. Esta maqueta, construida por los especialistas del Museo de Historia de la ciudad de Sofía, fue expuesta durante mucho tiempo en una sala instalada en un pasaje público subterráneo. Fue retirada para ser completada, dado que después de su construcción se habían encontrado nuevos vestigios.



23

Detrás de la rotonda San Jorge, una *insulae*, que atraviesa una calle del siglo II.

24 a, b

Calle del siglo II.

tivos. El centro, dividido en parcelas cuyos propietarios disponen de ellas a su antojo, se construyó sin tener en cuenta las riquezas ocultas en el subsuelo. Apenas se salvan tres o cuatro edificios religiosos como la rotonda de la iglesia de San Jorge, del siglo IV, y la basílica de Santa Sofía, erigida en el siglo VI, que han sobrevivido a los avatares de la historia. Cualquier tentativa de conservar los monumentos fue coartada por los intereses particulares. Los pioneros de la arqueología tuvieron que contentarse con acopiar datos y documentos en espera de tiempos mejores. Sin embargo, aun si dejó de lado los vestigios del pasado, el primer plano de la capital recobró ciertas tradiciones de urbanismo, tan profundamente arraigadas que lograron revivir tras cinco siglos de olvido.

Todo cambia en Bulgaria después de la segunda guerra mundial y de la revolución socialista. El centro, bombardeado, incendiado y devastado durante el conflicto, debió ser reconstruido. Se empezó por la construcción de algunos grandes edificios, primeros elementos de una transformación del antiguo centro comercial en núcleo político y administrativo del país. El gobierno tomó en consideración la importancia que tienen las excavaciones arqueológicas para la historia de la capital e incluyó el costo de aquéllas en el presupuesto de los cinco edificios proyectados. Con dicha decisión comienza una época (1947-1952) sumamente fecunda para la ciencia arqueológica y para el museo, que se enriqueció con interesantes hallazgos. Pero no se proyectaba todavía incluir en los edificios de los ministerios o en la Casa del Partido salas en las que se conservaran *in situ* los vestigios del pasado. No obstante, se trasladó cuidadosamente al patio del vecino Museo Nacional de Arqueología un baptisterio con su piscina en forma de cruz.

Primeros éxitos

Por fortuna, el plan de urbanización del centro reservó vastos espacios libres entre los edificios. Fue así que un patio interior albergó la rotonda de San Jorge, y el Museo de Historia de la ciudad organizó excavaciones en ella. Durante los cuatro años de incesantes trabajos que llevaron dichas excavaciones, el patio se transformó paulatinamente en un conjunto arqueológico de gran riqueza: una calle del siglo II separa dos *insulae*; una de ellas, al oeste, está ocupada por la rotonda; la otra, al este, comprende un edificio público transformado en iglesia en el siglo V, una casa del siglo XIII o XIV y otra del siglo XVIII; todo ello en un marco arquitectónico neoclásico, más bien severo, que no deja de ser impresionante (FIGS. 23 y 24a y b).

Paralelamente, en otras excavaciones se descubrió una torre circular en el ángulo noreste de la zona amurallada. Fue conservada y los arquitectos

equipos que concibieron y realizaron estos proyectos recibieron el Gran Premio de la ciudad de Sofía.

Una voluntad política

Naturalmente, para llevar a cabo tales obras es necesario contar con condiciones favorables, y la primera es la política constante de salvaguarda del patrimonio cultural aplicada por el gobierno búlgaro. Esa política inspiró la ley de 1965 sobre los monumentos y museos, que estipula que todos los organismos interesados deben cumplir durante la ejecución de las obras públicas y de construcción todas las condiciones exigidas por la investigación arqueológica. El destino de los monumentos descubiertos se discute y decide en comisiones *ad hoc* o, si es necesario, en el Consejo de los Monumentos Culturales, órgano especializado del Comité de la Cultura.

En el caso de Sofía, era evidente que había que adoptar disposiciones especiales. En 1976, el Consejo de Ministros atribuyó por decreto al centro histórico de la capital el rango de emplazamiento arqueológico y definió un régimen especial para cuatro zonas de sus alrededores, que comprendían los monumentos y necrópolis extramuros de la ciudad antigua y medieval. Dicho decreto enumeraba las obligaciones de todos los organismos cuya actividad se relaciona con la herencia arqueológica de la ciudad: Museo de Historia de la ciudad de Sofía, Instituto Nacional de Monumentos Culturales, organismos de planificación y de construcciones de todo tipo. Después de la publicación del decreto, las obras a realizar han sido objeto de una vasta programación, y la coordinación y colaboración con la Dirección del Plan General de Sofía han sido más estrechas.

Esos años de intensa actividad aportaron al Museo de Historia de la ciudad de Sofía, y sobre todo a su sección arqueológica, una rica experiencia que permitió a sus arqueólogos elaborar una concepción general, así como principios, métodos de trabajo y un enfoque de los problemas adaptado a cada caso. Los éxitos logrados son concluyentes.

El Museo de Historia de la ciudad de Sofía

Acabamos de aludir al Museo de Historia de la ciudad. Existe sólo desde 1952, año en el que sustituyó a una institución de museología que carecía de programa determinado. En la actualidad, sus depósitos de reservas rebosan de colecciones tan ricas como variadas, pero le falta espacio para exhibirlas en su totalidad. Exposiciones temporarias abren y cierran ventanas sobre el pasado de la ciudad.

En 1955 su sección arqueológica se hizo cargo de manera muy activa de las excavaciones en la capital. Durante muchos años, las operaciones de conservación de las ruinas han movilizado, a menudo diez meses al año, a su equipo permanente, al que se unen de manera sistemática otros científicos como colaboradores temporarios. El trabajo se organiza de manera tal que, en todo momento, el arqueólogo de servicio pueda estar presente en el lugar en el que se haya señalado un hallazgo fortuito. Sin embargo, se intenta planificar las actividades coordinando las excavaciones con las obras previstas por los programas de los distintos organismos constructores de la capital. De este modo, se logran sustituir los trabajos de salvamento en obras ya comenzadas por excavaciones previas a la iniciación de las mismas. Es claro que no pueden excluirse los casos de urgencia, pues incluso para plantar un árbol en una zona declarada como emplazamiento arqueológico se requiere la presencia de un arqueólogo.

Los datos acopados en los últimos veinticinco años, y la información obtenida con anterioridad, permiten ya formular previsiones bastante exactas acerca de las obras que se han de realizar y de su organización. Por otra parte, las investigaciones científicas realizadas han aportado conocimientos fundamentales sobre la historia de la ciudad. Se ha intentado "separar" las épocas, restituir a cada una de ellas su arquitectura y su urbanismo, y comprender lo que este urbanismo debía a la tradición y a su dinámica propia. Estas investigaciones



tuvieron que renunciar a un proyecto para poder darle cabida entre los edificios de departamentos de una calle de mucha circulación. Un poco más al oeste, en esta misma arteria, en el ángulo de la avenida Georges Dimitrov, principal eje norte-sur de la ciudad, los arqueólogos impusieron la modificación de los planos de un edificio, pues al excavar los cimientos se descubrió una torre triangular, innovación de la época de Justiniano para el sistema defensivo de Serdica. Esa ruina se encuentra hoy empotrada en un sótano de la construcción, concretamente, en una tienda, y he aquí que la torre, antigua y fiel centinela de la ciudad, vela por los artículos de deporte expuestos para la venta.

La esperanza de enriquecer Sofía con los vestigios de su pasado tomó cuerpo con esos primeros éxitos y aumentó rápidamente el número de los partidarios de una arqueología integrada al tejido urbano.

1968-1970, años decisivos

Los años desde 1968 a 1970 son decisivos: se acordó excavar dos pasajes subterráneos debajo de la explanada central. El primero puso en comunicación la sede del Consejo de Ministros con la del Consejo de Estado y la Casa del Partido. Como los trabajos bloquearon las entradas principales de esos tres edificios, hubo que actuar con rapidez y terminarlos en seis meses. El primer golpe de pico puso al descubierto algunas ruinas. Se iniciaron las excavaciones y se descubrió la principal puerta oriental de Serdica, flanqueada por dos torres, así como la calzada que conducía al centro de la ciudad. Las obras duraron dieciocho meses y su costo sobrepasó ampliamente el presupuesto inicial. Pero ahí están todavía la puerta y las torres, y los habitantes de Sofía de fines del siglo XX pisan las antiguas baldosas de la calzada de Serdica. Tras largas discusiones y gracias al apoyo del gobierno, triunfó la decisión de integrar en la ciudad moderna esa parte de su legado arqueológico.

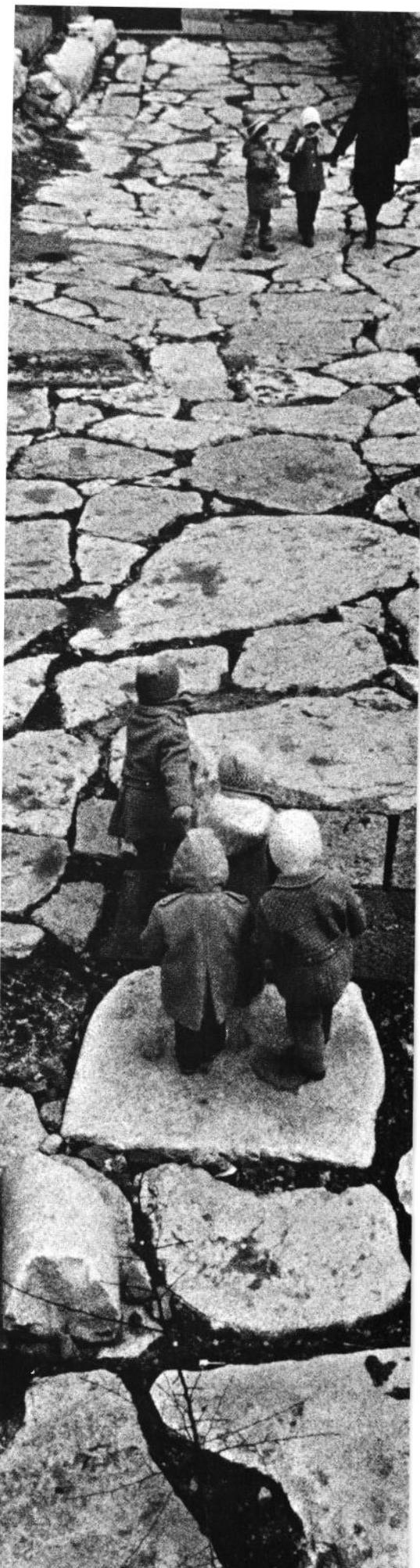
Hoy existe en este sitio una plaza animada día y noche. Bajando por una de las cuatro escaleras que conducen a ella, el paseante puede bordear las torres y la muralla, franquear la puerta y penetrar en la ciudad milenaria, donde sus pasos le llevan por el pavimento inalterado desde el siglo VI; pero, en el lugar donde se alzaba una tienda romana o medieval encuentra un quiosco moderno, cabinas telefónicas, en fin, símbolos de nuestro tiempo, si los hay (FIGS. 26 a 28).

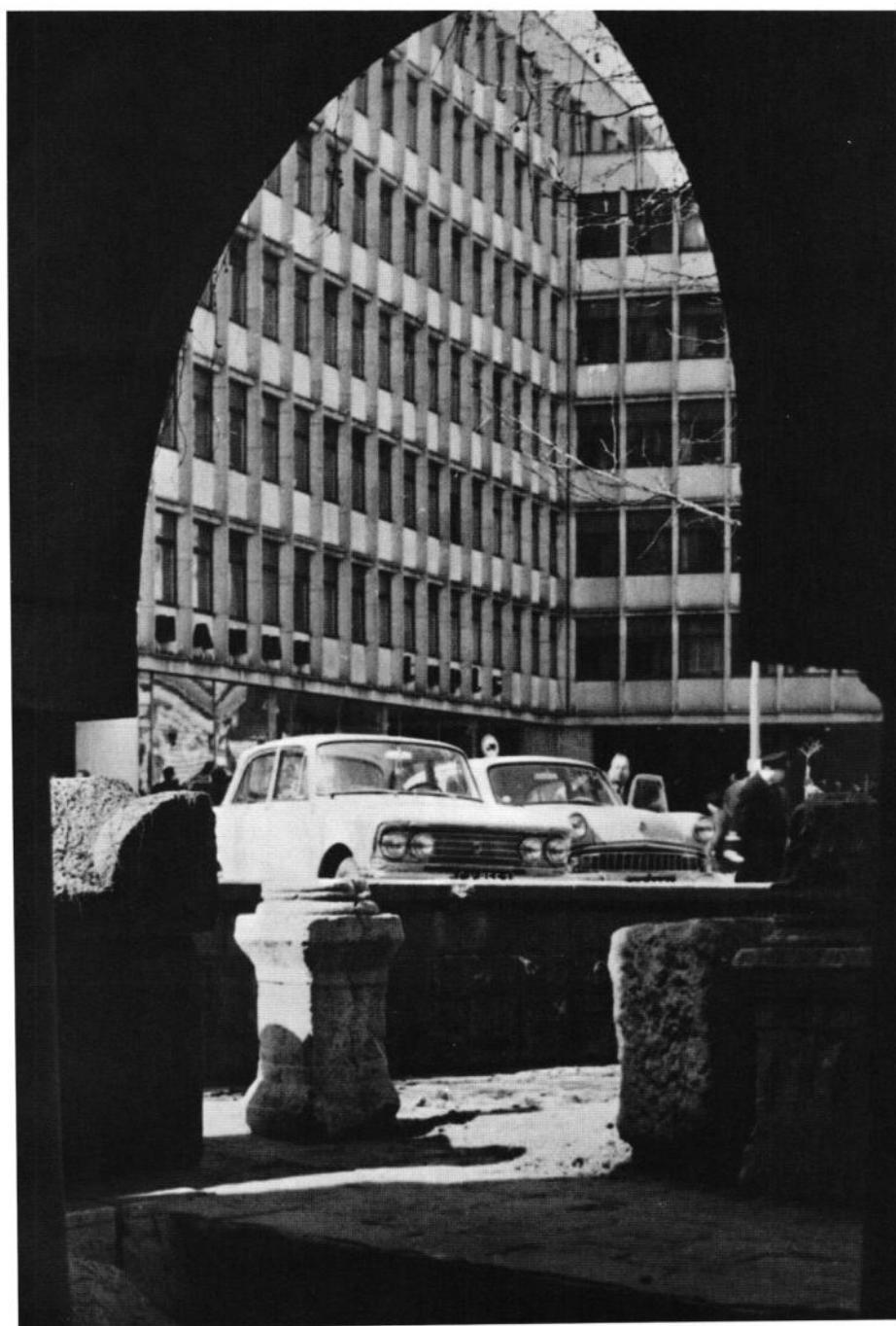
El pasaje subterráneo se ha enriquecido con fragmentos de decoración arquitectónica, relieves y fotografías que muestran las diferentes fases de las excavaciones. Detrás de una verja hay una sala de exposiciones que es visitada en horas fijas bajo la dirección de un guía (FIGS. 29 y 30). Hay pocos carteles explicativos, pero los hay en cada entrada, redactados en búlgaro y en francés. Se reserva un lugar de honor, al pie de una escalera, a la inscripción antigua, antaño sellada y coronando la puerta, que recuerda la fecha de su construcción (FIG. 31).

En el otro extremo de la explanada, la construcción del segundo pasaje subterráneo tropezó con el arduo problema que planteó la presencia de una capilla medieval. El pasaje se halla en la parte inferior que linda con la pequeña iglesia, cuyo tejado sobrepasa el nivel de la explanada.

La solución ideada no carece de elegancia. El pasaje se ensanchó en una placita cuadrada a cielo abierto. En medio de ese espacio, y como posado sobre un zócalo, se levantó el santuario a su nivel original y al aire libre. Una gran animación reina en la placita rodeada de tiendas; un café ocupa casi la totalidad de uno de sus costados. El conjunto es tanto más pintoresco por cuanto, a costa de un largo y minucioso trabajo, se han restaurado las pinturas murales del edificio medieval, que datan del siglo XV. Por otra parte, este edificio se erigió sobre las ruinas de una construcción de la baja antigüedad. En ellas, se pudo reservar, debajo de la capilla, una pequeña sala de exposiciones en la que se explica la historia de este pequeño santuario, cuya conservación corría, en aquella época, a cargo del gremio de talabarteros, de donde su nombre de Saint Petka-Samardjiiska (Santa Petka de los Talabarteros) (FIG. 32).

Estas dos obras han sido objeto no sólo de la admiración de los habitantes de Sofía, sino también de todos los especialistas que las han estudiado. Los





25

El pasado está siempre presente en la vida de la capital búlgara. Los automóviles se estacionan entre el portal del Museo Nacional de Arqueología y los edificios donde reina el hormigón y el vidrio.

han aclarado mil facetas de la vida económica, social y artística de la ciudad a través de los tiempos; han revelado mil detalles de su vida diaria y arrojado alguna luz sobre los acontecimientos históricos que viviera; han enriquecido el museo con colecciones de objetos de mucho interés y de valiosas obras de arte. Pero su aporte más importante es el aumento del número de ruinas arqueológicas en el centro de la capital. La red que toma forma se hace más comprensible para el público, para quien las piedras cobran así sentido.

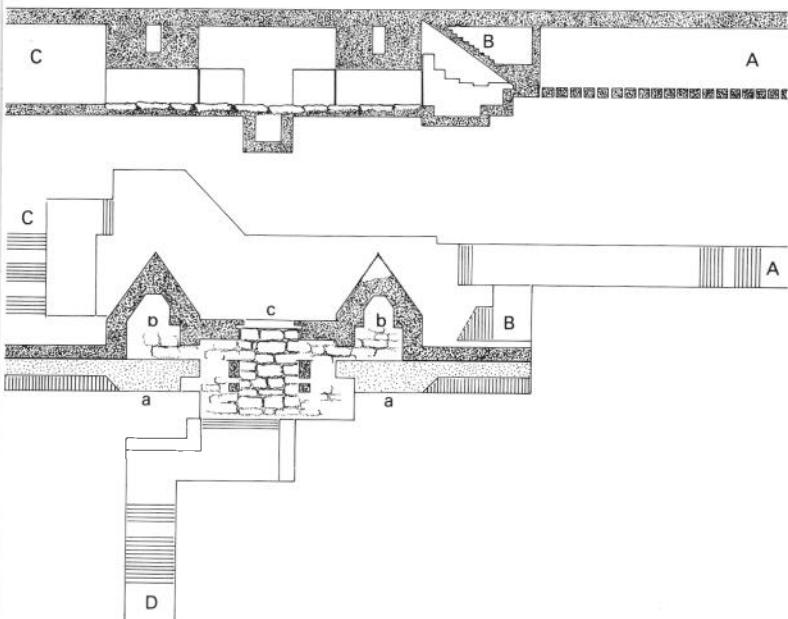
En la actualidad existen once de dichos núcleos de ruinas (FIG. 21), y no cabe duda de que el número seguirá aumentando. Los estudios realizados por los arqueólogos en las zonas edificables previstas en el plan general de urbanismo permiten suponer que se pondrán al descubierto otras partes de la ciudad antigua y medieval, de su núcleo amurallado y de su necrópolis. Se ha querido estimar el estado de conservación de las ruinas en función de los deterioros causados por el tiempo y de los desgastes provocados por los trabajos de la época moderna. Un plano coloreado presenta todas las perspectivas posibles, y los resultados de esta labor de previsión están a disposición de los arquitectos urbanistas, con los que se ha establecido una fértil colaboración que promete dar valiosos resultados.



26



27



26

Entrada sur del pasaje subterráneo en la explanada central (A en la figura 28). Comienza delante del Consejo de Estado y termina muy cerca de la antigua puerta este (conservada).

27

La puerta este de la antigua ciudad romana y de la ciudad medieval, conservada *in situ* en el pasaje público, debajo de la explanada central de la capital búlgara. Los pasantes toman la calzada romana y caminan sobre un pavimento varias veces secular.

28

Plano y sección del pasaje a la altura de la puerta este: a) vestigios de murallas; b) torres; c) calzada. A. Entrada sur (Consejo de Estado); B. Escalera que desemboca delante de la Casa del Partido; C. Entrada Bd. Dondoukov; D. Entrada del lado del Consejo de Ministros.



29

Una escapada después de la escuela. En el camino de regreso a casa, los niños hacen un alto en la pequeña sala de exposición instalada por el Museo de Historia de la ciudad de Sofía, en uno de los pasajes subterráneos, y se familiarizan con el pasado de su ciudad.



30



30



2

Incorporar el pasado al presente

La revalorización del patrimonio arqueológico no se realiza sin embargo sin suscitar serias controversias. Las dificultades son de variada índole y es natural que así sea. Sofía es una ciudad activa, una capital moderna con todo lo que ello significa. La leyenda de su escudo de armas reza: "Crece pero no envejece". La ciudad permanece fiel a esa divisa. Mira hacia el porvenir y no hacia el pasado, cuyos vestigios no son sino lo que aparece en las raíces profundas de su presente: el testimonio de su inquebrantable confianza en sí misma, en la vida, de que tantas veces ha dado prueba en el curso de su historia, a menudo dramática.

A pesar de su gran valor, lo que yace bajo los pies de los habitantes de Sofía no deja de ser fragmentario. Seguirá siéndolo, y no se lo puede reconstruir, ni siquiera se debe intentar hacerlo. Lo que tiene una importancia primordial, lo que realza el encanto de esta ciudad de tan juvenil aspecto, es la incorporación de su pasado a su presente. La idea rectora que inspira a quienes realizan estas obras arqueológicas es, precisamente, la de integrar la presencia material de la historia en la realidad cotidiana de hoy y, si es posible, de mañana.

Desde este punto de vista, no cabe subestimar la importancia de los elementos educativos e informativos asociados a la exhibición de los monumentos. No sólo es preciso mostrar con claridad el contenido histórico de cada vestigio, sino también el lugar que ocupa dentro de un todo. En este sentido, arquitectos y museólogos pueden dar rienda suelta a su talento e imaginación.

Cabe señalar que se busca una solución particular para cada caso, y no se adopta un modelo único que haga la síntesis de la arquitectura moderna y de los monumentos antiguos. Esto es debido a la diversidad de las situaciones que se plantean. Los logros más calurosamente acogidos por el público no dejan de ser sometidos a un análisis crítico de las deficiencias que puedan tener. Se acepta el riesgo de realizar tareas sumamente delicadas, tales como las excavaciones actuales cerca de la puerta oeste; se intenta facilitar la exploración de las capas antiguas, pues se desea salvaguardar los testimonios de las diferentes épocas y no de una sola, con el fin de mostrar la evolución histórica materializada por los vestigios y no un momento estático de la historia; se procura evaluar los descubrimientos arqueológicos en función del papel que desempeñan en esa evolución, y no únicamente en razón de su valor intrínseco. De este modo, se logra conservar un poco del dinamismo de los tiempos pasados, en la medida en que puedan conciliarse dos nociones tan opuestas como las de dinamismo y conservación.

Una prueba difícil espera a los arqueólogos, conservadores-restauradores, arquitectos e ingenieros que trabajarán en las obras del ferrocarril metropolitano que se va a construir en Sofía. Una vez más, la fuerza de la tradición se manifiesta en este proyecto de urbanismo. Las líneas principales se cruzan en la encrucijada milenaria en torno a la cual se ha construido la ciudad, y la estación central se encontrará en el pentágono de la ciudad antigua. Desde el principio, se han sometido a un minucioso examen los problemas arqueológicos que plantea este programa, de los que se ha hecho cargo un grupo especializado que se ocupará de ellos desde las excavaciones hasta la presentación al público.

Para lograr los mejores métodos de descubrimiento y de conservación, se ha procedido a amplias consultas. Un proyecto conjunto de la Unesco y del PNUD, en curso de ejecución, incluye consultas de expertos, viajes de estudios de especialistas búlgaros y un equipo apropiado para excavaciones permanentes en el itinerario del metro.

Todos estos esfuerzos, las inversiones e incluso los sacrificios realizados tienen una motivación profunda. Nuestra generación tiene el privilegio y el deber de decidir, para las que seguirán, si el patrimonio de Sofía será o no salvaguardado. Las decisiones deben ser tomadas ahora pues se corre el riesgo de que la urbanización moderna sea mucho más peligrosa para la herencia del pasado que todas las épocas precedentes. Al mismo tiempo, la técnica actual ofrece los medios de resolver los problemas más difíciles de la conservación de monumentos.

30

Pequeña sala de exposición instalada por el Museo de Historia de la ciudad de Sofía. Una simple verja de lanzas y escudos la separa del pasaje, de modo que aún en las horas de cierre esta sala ofrece a la mirada de los transeúntes maquetas y objetos arqueológicos.

31

Al pie de la escalera A, inscripción que coronaba la puerta este. En la parte superior, se puede leer en búlgaro y en francés la traducción de la inscripción de la dedicatoria.

32

La capilla Santa Petka de los Talabarteros ofrece un admirable ejemplo de inserción de vestigios arqueológicos en el tejido urbano. Para conservar y poner de relieve *in situ* y en su integridad este monumento, el pasaje subterráneo se ensancha en forma de patio, al pie de un gran almacén, en plena circulación. En la parte cubierta, alrededor de la pequeña plaza, negocios y un café cuya terraza se extiende hasta la capilla.

El museo y la conservación *in situ*

Con todo, lo más importante es que en este final del siglo XX se ha tomado conciencia de la necesidad de salvar nuestro patrimonio cultural. Hoy día, el museólogo debe, como profesional, asumir su parte de responsabilidad en el devenir del legado arqueológico de las ciudades vivas.

La conservación de conjuntos arqueológicos *in situ* es una de las tendencias más importantes de la museología contemporánea. Esta tendencia obedece a las exigencias más rigurosas de la ciencia; sólo ella permite contemplar la verdad del pasado de manera integral, comprender ese pasado e interpretarlo con objetividad; es la única que autoriza a abordar, de manera constante y reiterada, el estudio de los vestigios que, a la vez que aportan una información sobre el conjunto, permanecen inalterados.

Esta tendencia también permite reservar la posibilidad de futuras opciones. No es desatinado pensar que un día la técnica ofrecerá más medios de los que hoy disponemos para el traslado de un conjunto arqueológico, si ese traslado se hiciera necesario. Es sabido que la regla fundamental de cualquier trabajo de conservación es hacer posible su reversibilidad. Ahora bien, es sumamente raro que el traslado de un monumento —inmueble por definición— no sea un acto irreversible. Pero esta regla forma parte del intento de mantener la armonía de la obra humana con el medio natural, armonía por la que el hombre del pasado parecía manifestar una gran sensibilidad.

El concepto de *in situ* está en la línea del de ecomuseo y del museo pluridisciplinario. Se trata siempre de salvaguardar, presentar y explicar distintos elementos en un conjunto coherente. Este concepto se inscribe asimismo en la tendencia, actualmente muy acentuada, de la investigación o de la preservación de la identidad cultural y, desde un punto de vista muy diferente, forma parte del movimiento creado por ese fenómeno de nuestro tiempo que es el turismo. Por último, aunque la conservación *in situ* es una práctica común para los especialistas de la protección de monumentos históricos, reviste un carácter revolucionario en la museología.

En efecto, esta práctica se opone totalmente al principio tradicional de recolección, según el cual todo objeto mueble ha de ser trasladado a las salas de exposición o a los depósitos de reserva de un museo. No cabe duda de que la creación de colecciones en el pasado, sobre todo en el siglo XIX, permitió conservar cuantiosos tesoros del patrimonio cultural y natural de la humanidad, pero no es menos cierto que dichas colecciones se realizaron en menoscabo del monumento. En realidad, la colección priva a éste, inmóvil en su emplazamiento, de su contenido esencial.

Lejos de desvalorizar el museo clásico, la conservación *in situ* lo transforma en un centro del que irradian los caminos que conducen a la fuente de los tesoros arqueológicos. De ese modo, el público está en contacto con los vestigios en diferentes niveles. ¿El público? No necesariamente el público que visita los museos, sino más bien los transeúntes, con sus preocupaciones y pensamientos cotidianos. Los monumentos, a cuyo lado pasan todos los días, no dejan de producirles su efecto. Como sucede de ordinario en Sofía, los transeúntes aceptan la presencia de esos monumentos como una grata realidad; un día, paseando sin rumbo, inopinadamente, se interesan en ellos. Si les gana la curiosidad, los carteles les invitan a volver a una determinada hora junto a la verja del pasaje subterráneo, donde les espera el guía del museo. El descubrimiento de un monumento, o tal vez una visita a las excavaciones en curso, se transforma así en un paseo. Puede el visitante encontrarse junto a una clase de colegiales o visitar las ruinas solo; cuando el grupo es poco numeroso, el paseo se enriquece con una conversación sobre la arqueología o la historia de la ciudad.

También el museólogo obtiene provecho de esos contactos. No sólo comprende mejor el interés del público, sino que a las primeras preguntas y respuestas suceden con frecuencia diálogos más detenidos en las salas del museo.

Así una relación espontánea con los vestigios del pasado, integrados a la vida diaria de la ciudad, puede ser el comienzo de una iniciación al conocimiento del patrimonio cultural, objetivo principal de la actividad de cualquier museo.

[Traducido del francés]